

Con Toda Tu Alma

La palabra alma se usa casi 500 veces en la Escritura y tiene una variedad de significados. La palabra para alma a veces se traduce como “vida,” a veces significa el ser interior. A veces habla del espíritu eterno de una persona. También puede referirse a los deseos e intenciones del corazón. Y es nuestra alma la que puede tener una relación con el Dios que nos la dio. Dios mismo habla de tener un alma en Hebreos 10:38. Y puesto que fuimos hechos a Su imagen, nosotros también tenemos alma.

Mientras nuestros cuerpos pueden morir, nuestras almas sobrevivirán. La palabra alma a menudo se refiere a la parte inmaterial, invisible y eternamente consciente del hombre que sobrevive a esta vida. Pedro habló de la profecía de David sobre la resurrección de Jesús que se encuentra en el Salmo 16:10, y la citó en Hechos 2 versículo 27, “Porque no dejarás mi alma en el Hades, ni permitirás que tu Santo vea corrupción.” Hades se refiere a ese “lugar invisible” y puede referirse tanto al Paraíso (Lucas 23:43, donde fue Jesús) como al lugar de tormento (Lucas 16 versículo 23). Pero Hades es donde van las almas que parten. Nadie entra al infierno hasta después del Día del Juicio. Jesús no entró al infierno, sino al Paraíso, un lugar y una parte del Hades. Un día, cuando mueras, tu alma entrará ya sea en un lugar de tormento o en un lugar de consuelo. Y queremos la bendición de Dios para ti.

Nuestra lectura de hoy viene del libro de Santiago capítulo 1 versículos 21 al 25. Y nos anima a mirar dentro de nosotros mismos y vernos tal como somos.

“Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas. Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno es oidor de la palabra y no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era. Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace.”

Espero que tú también seas bendecido en lo que haces. Al hacer esos cambios y ser el tipo de persona que Dios quiere que seas. Oremos juntos. Padre celestial, te agradecemos porque nos das Tu voluntad y Tu palabra, que nos ayudan a llegar a ser más y más como Tú cada día de nuestras vidas. Ayúdanos a amarte con toda nuestra alma. En el nombre de Jesús oramos, amén.

En la Biblia, el alma es la entidad interior que piensa, siente, actúa y desea. Cuando Dios creó a Adán del polvo de la tierra, “sopló en su nariz aliento de vida; y fue el hombre un ser viviente,” o “alma viviente” (Génesis 2 versículo 7). A diferencia de cualquier otra criatura, Dios hizo al hombre a Su propia imagen (Génesis 1:26). El alma también puede llamarse el centro de nuestras emociones. Cuando Jesús fue a Getsemaní, les dijo a los apóstoles, “Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí, y velad conmigo” (Mateo 26 versículo 38). Por supuesto, esto se relaciona con la idea del corazón, que es parte del ser completo.

El Señor Jesús nos pide que lo sigamos. Y dijo en Lucas 9:23 y 24, “Y decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz cada día, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, éste la salvará.” La palabra para “vida” aquí es en realidad la misma palabra que se usa para “alma.” Si una persona elige salvar su vida o su alma para sí misma y hacer lo que le plazca, perderá su vida o su alma. Pero si una persona elige perder su vida o su alma por causa del Señor, la salvará. Perder nuestra vida significa rendirnos a la voluntad del Señor cada día.

Ya que tenemos libre albedrío y podemos elegir lo que aceptamos o rechazamos, algunos eligen rechazar el amor de nuestro Señor. Juan 1:10 al 11 dice, “En el mundo estaba, y el mundo por él fue hecho; pero el mundo no le conoció. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron.” Bueno, incluso algunas de las personas que lo habían conocido por años no pudieron aceptarlo como el Hijo de Dios. Estaban cegadas por sus tradiciones. Otros están cegados por la maldad y la avaricia. El Salmo 10 versículos 3 y 4 dice, “Porque el malo se jacta del deseo de su alma, bendice al codicioso, y desprecia a Jehová. El malo, por la altivez de su rostro, no busca a Dios; no hay Dios en ninguno de sus pensamientos.” Muchos a lo largo del tiempo han rechazado al Señor, olvidando que un día tendrán que dar cuentas por sus acciones.

Sin embargo, otros ven el amor y la verdad que se hallan en Jesucristo. Le reciben y desean seguirle. Juan 1:12 al 13 nos recuerda, “Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios.” El deseo de Dios siempre ha sido que Su pueblo lo reciba y lo acepte. Déjame preguntarte, ¿qué piensas tú de Jesucristo?

El alma de David amaba y anhelaba presentarse delante de Dios. Y David dijo en el Salmo 42 versículos 1 y 2, “Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo vendré, y me presentaré delante de Dios?” Porque tenemos un alma consciente, podemos tener una relación con Dios. Podemos conocer Su voluntad leyendo Su palabra, y podemos presentar nuestras peticiones a Sus pies en oración. A través de Cristo nuestras almas pueden nacer de nuevo por Su gracia mediante la fe al obedecer el evangelio. Podemos llegar a ser hijos e hijas de Dios. Podemos presentarnos ante Dios. Y como David, nuestras almas tienen sed de estar con Dios.

A lo largo de los años algunos han amado y confiado en el Señor Jesús, y estuvieron dispuestos a morir por su fe. Tal devoción, como la de Esteban en Hechos 7 y la de Jacobo en Hechos 12, ejemplifican el amar a Dios con el alma, pues toda su existencia estuvo dedicada a Él. Perder nuestras vidas o nuestras almas —esa fuerza vital— se refiere a la totalidad de nuestro ser, incluyendo lo espiritual y lo eterno, entregado completamente a Dios en rendición total. Lo que damos, o cuando damos nuestro corazón, alma y vida, cuando hacemos eso, revela lo que amamos. ¿Qué amas tú?

Si entregamos nuestras almas al pecado, eso muestra que amamos más al pecado que a Dios. Nuestras decisiones afectan nuestras almas. Y si nos entregamos al pecado, nuestra alma sufre las consecuencias del pecado. El Señor Dios dijo en Ezequiel 18:4, “He aquí que todas las almas son mías; como el alma del padre, así el alma del hijo es mía; el alma que pecare, esa morirá.” Ezequiel 18, todo el capítulo, deja en claro que el pecado es algo que elegimos hacer, no algo que heredamos de otros. Y eso podemos cambiarlo. El pecado puede atraernos, puede engañarnos, puede esclavizarnos, y finalmente causa nuestra muerte espiritual. Pero el pecado, nunca es tu amigo. Y si entregas tu alma al pecado, te destruirá. Pero puedes hacerlo mejor que eso.

Hebreos 10 versículos 26 al 31 dice algo muy directo. Dice, “Porque si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda más sacrificio por los pecados, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. El que viola la ley de Moisés por el testimonio de dos o de tres testigos muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo. Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo.”

Nunca debemos pensar que el pecado es algo trivial, que no importa para nuestras almas. Las personas tienden a minimizar sus pecados como si fueran insignificantes; pero tus pecados importan. Amar al Señor muestra amor por tu alma. Amar el pecado destruye tu vida y tu alma. Algunas personas se dicen a sí mismas: “Bueno, no soy tan malo como él o como ella.” O dirán: “Cometí este pequeño pecado, pero no aquel gran pecado.” Y piensan: “Al menos no soy como esa persona.” Mi amigo, no te engañes. Santiago 2:10 al 11 dice, “Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos. Porque el que dijo: No cometerás adulterio, también ha dicho: No matarás. Ahora bien, si no cometes adulterio, pero matas, ya te has hecho transgresor de la ley.” Todo pecado importa, sea grande o pequeño a tus ojos. Si el pecado te parece pequeño, recuerda que no es pequeño para Dios.

Hebreos 9:27 dice, “Y de la manera que está establecido para los hombres que mueran una sola vez, y después de esto el juicio.” Un día te presentarás ante el Señor. Cuando morimos, Dios demanda nuestras almas. Recuerda que el Señor Jesús contó una parábola en Lucas 12:16 al 21. Dijo: “La heredad de un hombre rico había producido mucho. Y él pensaba dentro de sí, diciendo: ¿Qué haré, porque no tengo dónde guardar mis frutos? Y dijo: Esto haré: derribaré mis graneros, y los edificaré mayores, y allí guardaré todos mis frutos y mis bienes; y diré a mi alma: Alma, muchos bienes tienes guardados para muchos años; repósate, come, bebe, regójate. Pero Dios le dijo: Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma; y lo que has provisto, ¿de quién será? Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios.”

Un día todos, sin excepción, estaremos ante el Señor Jesús, quien juzgará nuestras almas. 2 Corintios 5 versículo 10 dice, “Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo.” Debemos tomar en serio el juicio de nuestras almas. No podemos vivir de cualquier manera y aún así agradar a Dios. Eclesiastés 11 versículo 9 dice, “Alégrate, joven, en tu juventud, y tome placer tu corazón en los días de tu adolescencia, y anda en los caminos de tu corazón y en la vista de tus ojos; pero sabe, que sobre todas estas cosas te juzgará Dios.” Cuando las personas no son perdonadas, Dios no se olvida de sus pecados.

El Señor Jesús advirtió en Mateo 10:28, “Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno.” Dios no quiere que perezcas; Él quiere que cambies la dirección de tu alma por medio de tu fe y arrepentimiento. Él quiere que lo ames con toda tu alma. 2 Pedro 3 versículo 9 dice, “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento.” Dios ha hecho todo lo que puede hacer para salvarnos. Y Él desea nuestra salvación. 1 Timoteo 2 versículos 3 y 4 dice, “Porque esto es bueno y agradable delante de Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad.”

Sin embargo, Dios espera que te arrepientas del mal; y el amor es lo que causa el arrepentimiento. Romanos 2 versículo 4 nos recuerda, “¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?” La bondad y la paciencia de Dios no nos da licencia para arriesgar nuestras almas continuando en el pecado. El Señor Dios nos creó, el Señor Jesús murió en la cruz por nuestros pecados, la sangre de Jesús nos limpia y nos libra del pecado, y la paciencia del Señor nos da tiempo para cambiar. Él quiere que transformemos nuestras vidas, para que muramos al pecado y vivamos a la justicia. Jesús no murió en la cruz para que sigamos cometiendo los mismos viejos pecados.

Escuchamos mucho acerca de la gracia de Dios, y nunca debemos minimizar las grandes cosas que Dios ha hecho por nosotros. Sin embargo, nunca debemos abusar de la gracia de Dios. Algunos creen que una vez que se convierten en cristianos pueden vivir como quieran, y nunca arriesgar sus almas. Pero Dios quiere algo mejor para nosotros que una vida de pecado. ¿Qué espera la gracia de Dios de nosotros? Tito 2:11 al 14 nos recuerda, “Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo, quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras.”

Cuando te conviertes en cristiano, dejas atrás al viejo hombre de pecado y te conviertes en una nueva persona; naces de nuevo en Cristo. Romanos 6:4 dice, “Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva.” En el bautismo realmente nacemos de nuevo y somos libres del pecado. Romanos 6:6 al 7 dice, “sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado.” Este amor con toda nuestra alma está dispuesto a dejar morir la vieja vida, para que podamos nacer de nuevo como hijos de Dios. Gálatas 3:26 al 27 dice, “pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús; porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos.”

Oremos. Padre celestial, ayúdanos a amarte con todo nuestro corazón. A morir a ese viejo hombre de pecado y vivir para Ti, a amarte mediante nuestra obediencia al evangelio. Y cada día mostrarnos como amantes de Tu voluntad y hacedores de Tu palabra. Esta es nuestra oración en el nombre de Jesús, amén.

Si pierdes tu alma, ¿has considerado lo que has perdido? Si pierdes tu alma, la perderás eternamente. Perderás todo el gozo de estar lleno como una persona justa. Las vidas pecaminosas pueden pensar que tienen placer, pero están rotas y vacías. Todo lo que este mundo puede ofrecerte es temporal. Todos los placeres pasarán. Hebreos 11:25 al 26 dice que Moisés escogió “antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado, teniendo por mayores riquezas el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios; porque tenía puesta la mirada en el galardón.”

Solo Dios puede salvarte y darte la corona de la vida. Si rechazas a Dios, perderás todas las bendiciones que el Señor podría haberte dado. El Señor dijo en Marcos 8:36 al 37, “Porque ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma?” ¿Has considerado tu alma? ¿Y estás bien con Dios?

Para estar bien con Dios debes ser lavado en la sangre de Cristo. Este es un regalo de Dios. No puedes ganar Su gracia, pero debes aceptarla según Sus condiciones. El Señor nos salva sacrificando Su cuerpo y Su sangre en la cruz. Él es nuestro Salvador y Señor. Así como Él hizo la voluntad del Padre, nosotros también debemos hacer Su voluntad. Hacemos esto creyendo que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. Debemos arrepentirnos de nuestros pecados y, por amor, volvernos a la justicia. Ya que realmente creemos, confesaremos nuestra fe y seremos bautizados en el nombre de Jesucristo para el perdón de nuestros pecados. Esto es la enseñanza de Dios desde el principio, según Hechos 2:38. ¿No mostrarás tu amor hoy?